

AUGUSTO IGLESIAS

PANCHA, LA DESCHAVETADA

A PESAR de que Pancha luego de ser mi "nana" la convirtieron en ama de llaves, nadie en casa le dio trato de empleada. Para mí, sobre todo, era un miembro de la familia. No pudo ser de otra manera; los recuerdos que nos unían arrancaban desde el instante en que mi conciencia principió a darse cuenta de su mundo circundante; y esos recuerdos llegaban impregnados de cariño para esta mujer. Conservo su imagen identificada con la de muchos seres queridos, es decir, con la de mis padres y abuelos. Tampoco nunca la traté de *Pancha*, como acostumbraban los de casa. Siempre le dije Panchita, y así la llevo anotada en ese libro invisible y tierno donde escribimos el nombre de nuestros íntimos afectos.

Sin embargo, para ser franco, aunque todos la tenían en alto aprecio, se burlaban de Panchita a mandíbula batiente. Desde luego, nunca la designaron por su nombre, cuando a sus espaldas se referían a ella en el círculo familiar, aunque la llamaban La Deschavetada; y mamá, que era una santa, tampoco, *sotto voce*, la nombró de otro modo.

Esta fama de loca la adquiere mi *nana* a causa de sus repetidas patrañas de que ella puede salir al plano astral cuantas veces se le ocurre, y que frecuentemente lo hace. Dicha afirmación viene unida a otra: la de su amistad personal con algunos Santos, los cuales, dos o tres veces por semana, vienen a visitarla a su habitación.

No estoy seguro de cuál era mi estado de ánimo en aquel entonces respecto a tales fantasías, mas, como aspiro a ser absolutamente sincero, debo confesar mi aprovechamiento de ellas. Así, por ejemplo, recuerdo que una vez habiéndola oído decir que San Antonio de Padua iba a concederle una entrevista, al instante le insinué la idea de preguntarle al Santo si él podría encontrar mi estuche de lápices

cuyo paradero ignoraba desde hacía poco; y como San Antonio es el patrono de los objetos perdidos, según me enseñara mi madre, terminé rogándole intercediera en mi favor. Me prometió hacerlo; y tres o cuatro días después ella misma me entregó un estuche precioso, mucho mejor que el extraviado.

Desde entonces no hubo día de Dios en el cual no se me ocurriera pedirle algo: pastillas, galletas, entradas al teatro, pitos, libros de cuentos, corbatas, y, para mi cumpleaños, un velocípedo importado... El Santo, con prodigalidad y benevolencia que aún me llena de reconocimiento, me complacía en todo, regalándome, sin jamás echarme en cara, cuanto quise.

Mas —¡rara coincidencia!—, desde aquel día Panchita comenzó a decaer en materia de vestuario y objetos referidos a su coquetería personal.

Debo advertir, antes de seguir adelante, que mi *nana*, aun sin ser bella, poseía un físico atractivo, suavizado por su sonrisa y la dulce expresión de unos ojos glaucos adormecidos. Además, como era alta y bien plantada, le era fácil lucir cuanto se ponía. Yo era niño —repeto— en aquel entonces, pero estos detalles no se me iban. Y esto me hizo meditar: “¿Por qué mi nana tan coqueta y mimosa, desde que me puso en contacto con San Antonio descuida su vestuario?” En efecto, ya no tenía prendas nuevas sino simplemente ropa usada, la cual, también, poco a poco, se fue llenando de zurciduras y acomodados. No le importaba que se le enchuecaran los tacos de los zapatos, ni que pasaran de moda sus sombreros; y —¡cosa verdaderamente alarmadora!— dejó de lado su pasión por el cine y las novelas por entrega...

En mi casa no sabían a qué atenerse.

—¿Qué hace del dinero esta mujer? —se preguntaba mi madre; en tanto tío Joaco lucubraba un drama inverecundo: “A esta loca la explota algún espíritu inescrupuloso”. Y no es él sólo quien ironiza de aquella suerte: toda mi familia formulábase explicaciones en éste o en otro sentido, pero siempre de carácter fantástico. Nadie, sin embargo, había puesto en duda su moral; es decir su conducta privada... Hasta que mi madrina, la esposa de tío Joaco, principió a soplar la “copucha”...

Sin dárme las de muy listo, me parece que hasta llegué a comprender el significado vejatorio de esta frase de mi madrina: “Debe haber algún “prete” al que la Deschavetada sostiene a sus expensas”.

El rumor agrandábase de oído en oído con proporciones de escándalo, hasta que reventó, salpicando a la diáfana Panchita con lluvia de barro...

Una noche, abrazándome con ternura maternal, la nana me comunicó entre sollozos:

—Me voy Antoñico; aún no sé con cuál destino... ¡pero me voy! Si puedes, no te olvides de la Deschavetada... Por mi parte estoy segura de haberte querido como si fueras mi hijo... Y así será siempre.

Sentí una punzada en el pecho y que me faltaba aire para respirar. Aquella escena fue de esas que dejan marca en el recuerdo de los niños. No pronuncié palabra, pues no habría podido hacerlo. Ella debió adivinar mi tristeza en los ojos. Una tristeza elemental, sin palabras, sin gestos, pero no por eso menos dolorida.

Pasaron muchos años... Luego de mi bachillerato, mi madre se vino conmigo a Santiago para que yo estudiara Arquitectura. Alojábamos en aquel tiempo en una residencial de la Avenida Cumming, cerca del antiguo Instituto Pedagógico.

Al año siguiente de establecernos aquí, murió mamá. Mi padre había fallecido seis años antes en La Serena. Este golpe del Destino no sería el peor de los que el Tiempo me reservara; pero en mis nervios tuvo un efecto atroz. El cadáver de mi madre se veló en la iglesia de la Gratitude Nacional, sita en la misma avenida de nuestra residencia. Al día siguiente se le dijo allí una Misa de cuerpo presente. Yo estaba convertido en un harapo humano; ni siquiera tenía lágrimas, era sólo un pobre hombre, un triste hombre sacudido y maltratado por la Fatalidad. Cuando llevamos su ataúd al Cementerio General, apenas me di cuenta de la sepultación. Me aferraba a la idea de estar tomando parte en una comedia macabra... ¡pero comedia, al fin! A veces el Dolor, con métodos equívocos, aparta a la angustia humana de las simas de la locura, no para curar nuestro espíritu sino para aprovecharlo en otras experiencias de más útil significado. Pero mi depresión nerviosa era enorme y, por prescripción médica, hube de darme largas vacaciones, las cuales aproveché para ausentarme del país en un viaje panamericano. De todas maneras regresé a Santiago, y ya en la capital, el Dr. Augusto Orrego Luco, a quien consulté, me aconsejó una temporada en la costa. Me fui, pues, a vivir a San Antonio, donde el Administrador de Aduana de aquel puerto, viejo amigo de mis padres, no quiso dejarme solo en el hotel y me alojó en su casa. Por cerca de tres meses obtuve allí, a más de techo, solícitas manifestaciones de afecto. Pero mi mayor agradeci-

miento a esa familia lo relaciono con la absoluta libertad que me dieron.

Residía en San Antonio, desde algún tiempo, Ricardo Brochard, joven ingeniero marítimo, que años antes, cuando estudiaba humanidades, fuéramos condiscípulos en el internado del seminario de La Serena. No pude ocultar mi alegría cuando nos volvimos a encontrar, y se lo expresé ruidosamente. Parece que también a Ricardo le agradó ese reencuentro después de tantos años sin vernos, porque desde ese momento, nos hicimos compañeros inseparables. Como él, profesionalmente, se dedicaba a las faenas marítimas, disponía de un vaporcito remolcador y además de dos lanchas-automóviles. Esto permitía-me hacer bellas excursiones por las aguas del puerto y sus alrededores. Mi arribo favorito en esos paseos eran las arenas soleadas de un trecho de la playa de Las Cruces, que los lugareños denominan *Playa de los Muertos*. El nombre tiene base histórica, pues, algunos años antes, a causa de un gran temporal, naufragó, frente a esa costa, un barco de cuatro palos. Perdida la esperanza de salvar la nave, los tripulantes intentaron llegar a nado a tierra firme. Algunos lo consiguieron, pero el resto se ahogó; horas más tarde, calmada la furia del piélago, las olas fueron a depositar las víctimas a esa playa, que desde entonces recibió el nombre al cual acabo de aludir.

Para mí —insisto en ello— era sitio predilecto de meditación y descanso en los días soleados de la estación estival en que tomé la prescrita temporada de mar recomendada por el Dr. Orrego. Tenía la *Playa de los Muertos* ventajas sobre cualquiera otra de esos alrededores, no sólo por la limpieza de la arena y el sosegado oleaje de la marea, sino, además, porque en ese lugar se reunía poca gente, y, a veces, desde que Brochard me dejaba allí hasta la hora de ir a recogerme, entrada la tarde, no vi veraneante alguno, a pesar de que en aquellos años la costa circunvecina a Santiago comenzaba a ser muy concurrida por enfermos cardíacos o parejas juveniles en busca de perspectivas prematrimoniales. . .

Cierto día en que paseaba por aquel sitio, leyendo un libro de Turgenev, de pronto —y ahora podría decir, de modo misterioso— apareció, caminando en sentido contrario, como si viniese precisamente a mi encuentro, una mujer otoñal, alta, bien tenida, de agradable aspecto. Y ocurrió así; pues al cruzarnos, se detuvo y con extrema simpatía me preguntó:

—¿Es usted Antonio Riveros, el hijo de don Froilán, dueño de la Hacienda "El Tordo", de Pichasca?

Simultáneamente, también detuve el paso para atender a la interlocutora y, por cierto, con bastante curiosidad.

—Sí, yo soy —le respondí.

Entonces ella me tomó por los hombros y fijó sus pupilas de reflejos esmeraldinos, y un algo de zahorí que me produjo calofrío, insistió:

—¿No te acuerdas de mí, Antoñico? ¿Acaso estoy tan vieja que ya no me reconoces?

Varios segundos tuve, en un principio, clavada la sospecha de que aquel rostro era el de un ser querido. Pero al oír mi nombre en diminutivo pronunciado con extraña entonación, la conciencia razonadora se puso alerta y comenzó a perfilarse en mi estupor, con la dulzura de un recuerdo inolvidable, de un bello capítulo vivido...

—¡Panchita! —exclamé estirando los brazos para luego estrecharla. —Porque tú eres Panchita, ¿verdad? ¡Dime que sí!

Ella, más emocionada que yo, sólo tuvo tiempo para sollozar y balbucir entre gemidos:

—Antoñico, mi Antoñico... ¡nadie, ni tu madre siquiera, te ha querido tanto como yo! ¡Cómo me has hecho falta, niño mío!

Esa tarde conversamos hasta agotarnos, sin descanso... Un millón de motivos distintos que se entrometían a cada instante en nuestra charla. De este modo no me di cuenta que el crepúsculo violeta se iba tornando oscuro. Brochard, en su lancha, creyéndome entretenido en una aventura amorosa, no se atrevió a saltar a la playa y permanecía silencioso a popa, adormilado por el vaivén de las olas... Pero al fin, dándose cuenta de que no lo había advertido, se puso de pie, y buscando, con las piernas abiertas, el necesario equilibrio de la embarcación, dióse a gritar a mandíbula batiente:

—¿Te vas a quedar o regresas conmigo? ¡Mira que no me has aumentado el sueldo para abusar en esa forma!... ¡Hase visto!

Sorprendido en mi propio entretenimiento hube de despedirme a la carrera de Panchita, con la promesa de vernos a diario. Según me comunicó, vivía con su marido en un *chalet*, que éste —gracias a una concesión fiscal obtenida con muchas dificultades— había edificado en una roca solitaria. “Tal vez no te has fijado en esa construcción —dijo al hablarme de ellos. Parece burlarse del mar, metida veinte o treinta metros en el agua, a contar desde donde llegan las olas en las más altas mareas...”

La promesa de vernos a diario la cumplimos sin fallar. Brochard me dejaba en la *Playa de los Muertos* y yo me dirigía en dirección norte, paso a paso. Nunca demoraba ella más de cinco o diez minutos en salir a mi encuentro. Tomados del brazo, echábamos a caminar entonces, conversando con el entusiasmo de quienes tienen nutrido programa de cosas por decirse, pero disponen de poco tiempo. En esas entrevistas supe toda su historia desde que abandonara nuestra casa en el Norte Chico. En aquella época, habíase venido a vivir a Valparaíso acompañada de una familia inglesa. Después de algún tiempo, conoció allí al capitán de un velero de matrícula española. Este se prendó súbito de ella y le dio palabra de matrimonio. Llamábase el marino Bernardo Godelaz, y era oriundo de Santander. En la Montaña, donde sus padres amasaron regular fortuna, su familia, y él personalmente, gozaba de limpio prestigio. Sin embargo, en la casa donde Panchita era ama de llaves, la patrona, una tal Mrs. Harrinson, la puso en sospecha: "Los españoles —habíale asegurado— son gente incapaz de cumplir con su palabra. Mucho palique, mucha frase bonita, pero nada de satisfacer lo ofrecido, como Dios manda. En eso se parecen a los chilenos. O, más bien dicho, en eso los chilenos se parecen a los españoles".

Panchita oía esos comentarios, pero rehusaba creerlos. "Chismes —decíase— nada más que chismes..." Tenía confianza en Godelaz; por otra parte, los espíritus habían tenido la delicadeza de informarla de que su novio era hombre serio y cumplidor. "Puedes tener la seguridad que vendrá a buscarte" —le aseguraron. Y, naturalmente, entre hacerle juicio a los espíritus, capaces como son de mirar las cosas por dentro y fuera, o a Mrs. Harrinson, que además de miope era tonta, el dilema no podía inclinarse del lado de la páfida Albión...

Y todo ocurre en la misma forma prevista por las ánimas: Godelaz, antes de cumplirse el segundo año de su ausencia, llega a Valparaíso y corre en busca de su prometida. Panchita, con seguridad asacteada de dudas, lo había esperado temblando, pero sin desmayar. Con gran experiencia en cuestiones de sicología femenina, el español, desde el primer momento, supo la joya que era mi nana y no quiso perderla. Panchita fue siempre pura, cándida, sin mancha ni contacto con el demonio de la carne. De ahí que Godelaz, fogoso por naturaleza y ardido como un pirata por la abstinencia de largas travesías, sin embargo, la respetó *in integrum* hasta el día de su matrimonio. Cuando se casaron, no ignoraban que si la felicidad puede

existir en esta vida, ellos tenían, por lo menos, derecho a conocerla, pues se esmeraron en poner de su parte lo mejor de cada uno.

La íntima satisfacción de Panchita, cantando su felicidad, me causaba un goce muy sentido. Eso engendró en mi ánimo el vivo deseo de conocer a su esposo. Así se lo manifesté...

Ella guardó silencio; y cuando reanudó la conversación dijo que su marido llegaría dentro de poco tiempo; y, con gran extrañeza mía, no se refirió a la insinuación que le hicieron. Tampoco me invitó a su casa, como era natural, pues en esa circunstancia, podía hacerlo ya que estaba sola... Procuré explicarme, no obstante, su falta de atención. "Los españoles —decía para mis adentros— son muy celosos y no les gusta que sus mujeres reciban a nadie no estando ellos en el hogar".

Con estos razonamientos quedé, aparentemente, conforme. Mas pasaron los días y los días, y Panchita sin anunciarme la vuelta del capitán... Cuando se enteraron tres semanas, la recordé:

—Dijiste que tu marido estaba próximo a llegar, y ya estamos por terminar el mes...

Pareció inquieta, con signos de visible nerviosidad; pero domi-
nándose, contestó:

—Sin duda ha tenido algo extraordinario por hacer... De todos modos no ha de demorar más allá del sábado...

Aquel día era miércoles.

—¿Vale decir a fines de esta semana? —pregunté.

Panchita asintió y no volvimos a hablar del asunto. Pero esa tarde, antes de despedirse, hizome una particular advertencia:

—No nos veremos hasta entonces, Antoñico; y te ruego no vengas muy temprano...

Ocultando a duras penas la molestia, me planté frente a ella para interrogarla:

—¿A qué hora convendría?

Titubeó un instante; después, decidida, indicó:

—A las siete.

—¿No crees que es muy tarde?

—No; te quedarás a cenar con nosotros. Brochard no tiene por

qué venir a buscarte —como acostumbra—, ese día... Le ahorraremos el viaje y te llevaremos nosotros a San Antonio.

—¿Cuentas con alguna lancha?

—Por cierto... La mía.

Y como viera, mientras hablaba, acercarse la lancha automóvil de Brochard, me dio, apresuradamente, un abrazo y se despidió en la misma forma. Advertí, sin embargo, que su despedida no tuvo ni la más ligera efusividad. Consideré, pues, *shocking* haberla obligado a formular un convite que, de seguro, ella trataba de evitar...



Fui puntual; a las siete estaba en la *Playa de los Muertos*. Panchita, sin embargo, se retrasó bastante. Eso aumentó el desgano determinado por insistentes reflexiones y aun pensé no ir. Llegó ella como a las ocho de la noche, es decir, con cerca de una hora de retraso.

Se disculpó antes de abrazarme:

—¡Te pido perdón, querido!... Bernardo llegó al atardecer y no pude salir antes.

Todavía, sin embargo, paseamos un momento por la ribera. La tarde agonizaba espléndida y bella, en medio de una sinfonía de colores que daba luminosidad extraña al oleaje oscuro.

A esa hora crepuscular apenas si corría viento; pero de pronto, al entrar la noche, sopló una brisa suave, tibia, de blandura rumorosa... Mientras marchábamos, ofrecí a Panchita el brazo para servirle de apoyo. A ojo de buen varón, mi nana no tenía en esa fecha más de cuarenta y cinco años, pero su andar era algo rígido, tal vez por falta de ejercicio, y al hundir los zapatos en la arena sus pasos se dificultaban visiblemente.

Caminamos cerca de un kilómetro, creo, antes de llegar a la roca del *chalet* de Godelaz. Hallábase la prodigiosa cabaña toda iluminada por dentro, aunque en su contorno y por largo trecho, sólo imperaban las sombras. Ninguna otra casa en aquellos alrededores. Por su empingorotada soledad, parecía nido de gaviotas, y para llegar hasta ella hubimos de ascender por una rampa. Panchita se adelantó para abrir la puerta; mas tuve la impresión de que ésta se adelantaba en girar sobre sus goznes.

—¿Es eléctrica? —pregunté.

Sin mirarme, la nana aseguró:

—Estaba entreabierta...

Alcanzamos hasta el *hall* sin encontrar a nadie. He dicho que el interior del *chalet* hallábase iluminado; pero, a esa habitación, bañábala una discreta penumbra.

Me llamó vivamente la atención que en torno a la pared hubiese varias coronas. Eso dábele al ambiente atmósfera de preparativos de boda o de reciente velorio... Esta última impresión hízose más aguda en mi espíritu por la presencia de sendos candelabros de pie, con enormes velones amarillentos, distribuidos en los cuatro ángulos del *hall*.

Miré a Panchita con ojos inquisidores. Prentedía de ella una explicación lógica, sin pedirla; pues deseaba que la nana adivinara esta perplejidad a través del expresionismo de mi gesto. Pero Panchita guardó silencio; caso también extraño, pues siempre —conmigo por lo menos—, había sido muy locuaz. En ese evento, sin embargo, la sobriedad de sus palabras limitó, inclusive, con la impertinencia. Entonces, sin ganas de seguir reprimiéndome, secamente le pedí una aclaración. Tampoco obtuve gran cosa; sin exagerar, puedo decir que nuestro diálogo se hizo telegráfico...

—¿No está tu marido?

—Sí; luego vendrá.

—¿Fue a San Antonio?

—No; anda pescando por aquí cerca...

—¿Habrá entonces otros invitados?

—Sí; varios.

—¡Qué lata!

—¿Por qué?

—Pensaba estar en familia...

—Lo estarás. Nosotros nunca nos reunimos de otro modo.

Aquel sistema casi primitivo de conversar aumentó mi malhumor. De primer impulso hubiera querido regresar a San Antonio. Pero, ¿cómo hacerlo? A indicación mía, Brochard no iba a venir en mi busca. De todas maneras, insinué el deseo de retirarme. Panchita mostró absoluta indiferencia ante esa reprimida amenaza... Luego, casi sin mover los labios, dijo:

—Fuiste tú quien solicitó venir a casa. Yo nunca te la ofrecí...

Ardí en cólera. La lengua me quemaba los labios con el deseo de enrostrarle sus modales de esta última etapa, desconcertantes y para mí desconocidos. Iba ya a borbolar mi despecho, cuando se oyeron pisadas y ruido de voces en el interior del *chalet*.

Para evitar el inminente choque y, de rebote, con su marido, frené la ira que me excitaba los nervios y hablé también con el mismo desgano de Panchita. La hipocresía, al fin y al cabo, es de

los inventos psicológicos más útiles creados por el hombre para tratar con los animales de su misma especie. . .

—¿No me dijiste que tu esposo andaba pescando? —le interrogué con sonrisa de lobo.

Inmutable, mi nana contestó en la misma forma de antes; es decir, apenas si moviendo los labios.

Siempre Panchita habíase referido al capitán designándolo con el nombre de su santo; pero ahora en vez de llamarlo *Bernardo*, como de costumbre, lo hizo por el apellido.

Quise objetarla, pero en ese preciso instante entraron al *hall*, siete marineros vestidos con ropas de faena de a bordo, y todos ellos de un parecido físico asombroso. El rostro, además, de color lechoso azulino dábales un aire fantasmagórico, y casi podría decir ultrajante, de caricaturas humanas. Uno, sin embargo, era algo distinto de los otros. Lo conocí en el acto, pues un retrato de él, de gran dimensión, pendía en sitio de honor, en una de las paredes del *hall* en donde estábamos. Aunque en esa "foto" vestía de gran uniforme y denotaba un porte mucho más alto del de su apariencia actual, cierto rictus de autoridad en los labios lívidos, hacía lo inconfundible. "Es Bernardo Godelaz" —pensé. Mi perspicacia fue acertada. Panchita, al verlo, avanzó casi sin pisar el suelo y llegando hasta él le abrazó con emoción profunda, como si una larga ausencia los hubiese separado hasta ese minuto. . .

Comencé a sentirme mal. Creí, y esa idea tomó cuerpo en mi ánimo, estar respirando un aire de convivencia diabólica. "Nada —me dije— de cuanto mis ojos ven, es producto de una pesadilla o engaño, pero tampoco guarda relación con los espectáculos habituales del tráfico cotidiano". En el subconsciente, las voces del instinto dabanme la borrosa sensación de tener recogida entre manos una punta del velo de Isis. . .

Desde luego ocurrió un hecho inusitado, supranormal. . . Ninguno de los contertulios, ni Godelaz, ni siquiera Panchita, parpadeaban. . . Además, no me tomaron en cuenta para nada. . . Era una plática entre ellos, en voz baja; es decir, para el cónclave secreto que allí los tenía reunidos. . . De pronto, por algo ininteligible para mi comprensión, Godelaz le dio a uno de los marineros un terrible golpe con el puño prieto. El grumete castigado ni siquiera se movió; pero su risa se hizo sorda hasta confundirse con el rumor del mar al hacer escurrir sus mangas de agua entre las rocas.

Confieso —y pido no se me crea cobarde— haber sentido despuntar en mi alma la angustia del miedo. Esta sensación hízose aguda, hasta oprimirme el pecho con el galope desbocado de la taqui-

cardia, cuando en un espejo del *hall* advertí en mis ojos una mirada sin parpadeos, inmóvil y tenue, desvaída por la luz mortecinamente pálida de los cirios. . .

Haciendo esfuerzos casi sobrehumanos para no soltar el comando de mi voluntad, avancé hasta mi nana y le pregunté:

—¿Qué comedia es ésta? ¿A qué carnestolendas me has traído?

Con vaguedad infinita, murmuró:

—Luego vamos a cenar. No seas curioso. ¿De qué comedia hablas? No sabes nada. ¡Nunca sabrás nada!

En ese momento los marineros tomaron los cuatro candelabros de las esquinas del "hall" y los acomodaron junto a la mesa de roble americano, destacada en medio del amplio cuadrilátero del recinto.

Acto seguido, sentáronse en espera de la cena (dicho sea de paso, ésta no llegó nunca).

Por primera vez Godelaz me dirigió la palabra:

—¿No se sienta?

Lo hice de malas ganas; pero aproveché la oportunidad para interrogarlo a mi vez:

—¿Desde cuándo por estas playas, capitán?

—Me parece que desde siempre —respondió—. Ya para mí no cuenta el tiempo.

—Lo celebro por Panchita. Pobre. . . ¡cómo le quiere a usted!

—Tampoco Panchita tendrá que aguardarme —aseguró con voz opaca.

Quise sentimentalizar:

—Ella ha vivido para aguardarle.

Godelaz levantó la cabeza hasta ese momento ligeramente gacha. Creí ver en la luna de sus ojos, una vibración fúlgida, tal vez de asombro:

—¿Dónde? —runroneó.

—Aquí —balbucé— en Chile. . .

Los marineros rieron a grandes carcajadas, mientras Panchita los miraba sin mirarlos, como si estuviese adormecida.

No pude ahogar una protesta:

—¡Esta gente burlona es insoportable. . .! —alcancé a decirle a Godelaz.

No me di cuenta si él quiso defenderlos; de todas maneras argumentó de soslayo:

—El llanto sólo tiene importancia cuando se tiene lágrimas; pero los muchachos del *Baracaldo* no pueden llorar. . . ¿Qué más da que rían entonces?

Como si hubieran oído, "los muchachos del Baracaldo", se pusieron a cantar:

*El viento es un viejo de capa enlutada
que cruza la noche silbando su pena;
el viento es un cúter de vela rasgada
que se hunde en las olas y vuelve a la brega.*

—Podrían quedarse silenciosos —objeté.

—Están silenciosos. Yo mismo estoy silencioso —aseguró el capitán.

No pude evitar la sonrisa. "Está en parloteo desde que arribó"

—comenté para mis adentros. Además, los marineros seguían cantando:

*Si el hombre tuviera las alas del cierzo
y asirse lograra del lomo del viento,
podría a la Muerte burlar sin esfuerzo
bailando en el Tiempo sin pena y sin miedo.*

El capitán, leyéndome el pensamiento, continuó sin detenerse:

—Usted oye mi voz, aunque yo no hable. Es usted quien me ha traído a este *chalet*. Mis compañeros y yo estábamos durmiendo tranquilos, ¿sabe?... Un sueño largo, disperso... El amor de Panchita y la curiosidad suya vinieron a remover nuestros maltratados cuerpos en donde nos íbamos sumiendo en el olvido... ¿Para qué? o ¡Debieron dejarnos tranquilos! El único calofrío de horror que sacude al sueño verdadero es soñar que alguien nos despierta... ¡Un espanto indelible se entromete, entonces, en la arcilla de nuestra mísera realidad!

Estaba seguro —insisto— de no encontrarme desvariando; pero tampoco podía sostenerse que todo aquello pertenecía a las cosas de ordinaria ocurrencia manifestadas bajo la lumbre del Sol. Los marineros allí reunidos tenían algo de la sombra que proyectan los cuerpos movidos al trasluz. Quise, pues, dar un paso más en ese juego del azar y no dando crédito a las palabras desilusionadas oídas de labios de Godelaz, intenté sacar provecho de ellas, sin interrumpir nuestro diálogo:

—Si es usted esplinático —encaré al capitán, haciendo de tripas corazones—, si en efecto es usted un desilusionado, podría, creo, a

pesar de la paz en que desea estar sumido, contestar a una pregunta...

—La adivino —me interrumpen.

—A ver, ¡díjala!

—Usted desea saber qué ocurre cuando alguien se desprende del interés por la vida, cuál sensación se experimenta cuando se deja de querer... ¿Acierto o no?

Sin ocultar mi perplejidad, murmuré:

—Estoy en la obligación de confesarle que no se ha equivocado.

Godelaz quedó en inmovilidad hierática. Después, con las mandíbulas apretadas, hablando entre dientes, afirmó:

—Nunca dejamos de morir en un rincón de nuestro espíritu... Vivir no es otra cosa que una larga agonía, una angustiada espera de la muerte absoluta. Pero la muerte absoluta parece no llegar nunca...

Lo miré sorprendido, sin poder silenciar una exclamación:

—¡Cómo! ¿Cree usted que se puede seguir muriendo?

—¡Sí; tantas veces como la Humanidad ve hundirse el Sol en el horizonte!

—Mas para morir muchas veces, se necesita haber vivido, también, muchas veces...

—¡Naturalmente! ¿O es que usted duda de la realidad del Infierno?

—Me parece no haber entendido...

—¡Volver a despertar! ¿Sabe usted lo que eso significa? Para la mayoría, un suplicio, Antoñico, ¡un inenarrable suplicio!... Por ejemplo, desde hace cerca de dos milenios Judas no puede dormir tranquilo en la tierra donde ahora se halla disuelto. Cada año, millones de gentes lo escupen y obligan a suicidarse; y a diario otros tantos le mencionan como prototipo de la más negra traición... ¿No cree usted que ya sería tiempo de dejarle descansar? Su perfidia estaba predicha. El sólo era un monigote del Destino. Antes de nada y precisamente por la negrura interna del hombre de Kerioth, pudo ver cumplidas, el Cristo, las profecías sobre su sacrificio... ¿Está claro?

—¡No! —gritaron los marineros.

Me sentí respaldado por aquel coro de desconocidos involuntariamente puestos de mi parte.

—De modo —arguí— ¿piensa que Judas no tuvo libre albedrío para elegir entre el Bien y el Mal?

Godelaz guardó silencio; pero yo continué:

—Y si el miserable traidor tuvo libertad para elegir y lo hizo en la forma de todos conocida, ¿no supo él, también, cuál Destino le

correspondía y cuál castigo eterno en las llamas del mundo inferior que aguarda a los violadores de la ley moral?

Godelaz adelantó su cuerpo sobre la mesa, tratando de encararme lo más cerca posible:

—¿Quién puede saber —rezongó, mientras ponía su rostro lívido a pocos centímetros del mío—, quién puede saber el castigo que le corresponde a los predestinados? ¡Ni siquiera el Demonio! Lo que está escrito, debe cumplirse. Y Judas cumplió... Su castigo, a mi parecer, pudo ser menos duro... La comunión de los Santos debe tenerle en lugar preferente por haberles hecho históricamente posible el Misterio de la Redención.

—¡No diga herejías! —exclamé, sin poder contener mi vehemencia. Panchita, aunque enhiesta en su asiento, estaba pacíficamente dormida; no así el coro de los marineros. Los observé, por lo mismo, y me pareció ver que en sus cuencas opacas brillaba un reflejo irónico... Godelaz estiró su diestra encima de la mesa —una mano escamosa cubierta de manchas verdes— y tras de palmotear firmemente, gritó a uno de sus muchachos:

—¿Escuchaste, Orompello, la afirmación de Antoñico? ¡Dice que yo hablo herejías!... Antes de dedicarte a contrabandista quisiste ser fraile; contéstale, entonces...

El marinero a quien el capitán denominara Orompello, dio vuelta su rostro casi en redondo y con los brazos cruzados sobre el pecho respondió:

—El Diablo, hasta la llegada de Nuestro Señor, ignoraba la eternidad de su castigo... Satanás tuvo siempre, parece, la esperanza de ser perdonado por Jesús... Orígenes cree que esto ocurrirá cuando llegue el Fin del Mundo... Y San Irineo sostiene que el Diablo perdió toda esperanza sólo después de la muerte del Señor, cuando éste bajó a los Infiernos y, según cabe intuir, ratificó a Luzbel y demás ángeles rebeldes la sentencia de su eterna perdición...

Poco a poco me había ido familiarizando con esa atmósfera de pesadilla, por eso expresé a mi interlocutor, burlaburlando:

—Ahí, seguramente, cuando a usted le toque el turno, iré a hacerle compañía... ¡ojalá sea en la Estación gélida!...

Orompello, inmutable, observó:

—El tormento sufrido por las almas no debe ser comparado con los dolores físicos; ni el Infierno, necesariamente, comienza en un lugar determinado. Usted y yo podemos estar en el umbral de ese sitio, sin saber que ya iniciamos nuestra prueba expiatoria...

Habría seguido hablando si el capitán no le interrumpe de manera perentoria:

—Han cantado los gallos; pronto vendrá el alba.

Miré a mi nana para indicarle que yo también debía regresar a mi domicilio. Pero Panchita manteníase inmóvil como si estuviese yerta. Entonces el capitán, comprendiendo mi angustia, aseguró:

—Nosotros le llevaremos.

Salimos por detrás del chalet bajando sin dificultad por la abrupta roca en cuyo lomo alzábase el edificio. En una lancha blanca nos embarcamos los ocho, sin mover los labios. Ninguno de la tripulación alteró el silencio en el cual quedamos sumidos. La lancha volaba sobre las aguas envuelta en la oscuridad apenas ligeramente lechosa de la noche, en pugna con las primeras luces albas... Me dejaron en San Antonio. Cuando salté al muelle no quise volver la cabeza para despedirme. Como sonámbulo llegué hasta mi alojamiento y tendido de bruces en la cama, me dormí, agotado, sin tener ánimos para desvestirme siquiera.



Desperté muy entrada la mañana. La doncella de la casa del Administrador, extrañándose de no haberme visto ir a desayunar, golpeó en la puerta de mi dormitorio.

Mientras me vestía, una sensación de curiosidad se iba apoderando de mis ideas.

Lo ocurrido la noche anterior juzgábalo, ahora, de total irracionalidad para aceptarlo como posible. "Se trata de un sueño —decíame—, de una alucinación. Sería absurdo imaginar otra cosa".

Apenas almorcé me puse en contacto con Brochard, proponiéndole una excursión a la *Playa de los Muertos*. No me objetó y emprendimos viaje momentos después. Cuando llegamos allá, le solicité con insistencia me acompañara al chalet de Panchita. Sin imponer a mi amigo de lo sucedido quería convencerme, afirmado en su brazo, de la realidad del escenario donde yo había actuado horas antes... Brochard, por suerte, no se negó, y hacia allá nos encaminamos.

La puerta del chalet estaba entrejunta y entramos sin que nadie saliera a recibirnos. En medio del *hall*, sin embargo, vi, con sorpresa temblorosa, un catafalco alumbrado con los cuatro velones utilizados la noche anterior, y a los pies del ataúd las coronas vistas también,

en la víspera, en torno a ese recinto. Sentado en un rincón hallábase un viejo. Me acerqué a él seguido de Brochard, y le requerí:

—¿Es ésta la casa del señor Bernardo Godelaz?

El viejo movió la cabeza negativamente.

—Fue... —balbuceó en seguida.

—¿Y don Bernardo? —le pregunté entonces—, ¿qué es de él?...

—El capitán —dijo— desapareció hace más de cinco años en un naufragio que hubo aquí, frente a esta playa... ¿Recuerda usted la pérdida del *Baracaldo*? Ese buque era suyo...

—¿Murió Godelaz, solamente?

—Se ahogaron también seis hombres de la tripulación.

—¿Y su señora?

—¿Qué señora?

—La señora del capitán...

Volvió a mirarme el viejo con ojos inquisidores. Tranquilizado después de la inspección, con su diestra flácida señaló el ataúd:

—Allí está.

Me acerqué al féretro, y como la parte de la tapa que hacía de ventanilla a su rostro aún hallábase abierta, miré a través del vidrio... Allí estaba Panchita, dormida para siempre, con el mismo gesto de vaguedad y lejanía con que la viera en la cena de las burlas... Sin querer, mis ojos se nublaron. "Aún soy capaz de entristecerme hasta las lágrimas... —me dije—; aún puedo llorar... El Infierno debe empezar el día en que todo nos sea indiferente..."

—Es su nana, ¿no es cierto? —curioseó el anciano.

Apenas pude contestarle por señas. Extraña, indescifrable sensación de miedo y ternura, se anudaba en mi garganta...



Brochard y yo fuimos los únicos acompañantes al entierro de la *Deschavetada*. El viejito se quedó en el chalet de la roca solitaria contando los minutos y las horas. El cementerio estaba lejos y helaba esa tarde como si fuera invierno... Además, ¿para qué tan largo camino? Panchita, de seguro, esa misma noche volvería a su casa...